

imperio, tanto contra la idolatría como contra la heregía; y si hay algo que echar en cara sobre este punto á Justiniano, es el haber llevado las cosas hasta el extremo, haciendo resultar de aquí una multitud de perjuros y de hipócritas, y poniendo á algunos obstinados en el caso de matarse de despecho, siendo ocasion al mismo tiempo de peligrosas sediciones. Mostrábase tan severo contra los violadores de las leyes publicadas en favor de la Religion, que habiendo sido convencidos de deshonestidad dos obispos poco despues de la publicacion de un edicto contra este vicio, los mandó deponer, despues castrar, y finalmente pasear por toda la ciudad precedidos de unregonero público que gritaba: *aprended, pastores de los pueblos, á no profanar la santidad de vuestro carácter* (1).

10. Habiendo contado entre los hereges á los samaritanos, pretendia tratarlos con igual rigor; mas se reunieron, tomaron las armas, cometieron las impiedades y crueldades mas inauditas, despedazaron á los sacerdotes vivos, y frieron sus miembros palpitantes con las reliquias de los mártires. Llamábase Juliano el gefe de los rebeldés, y tenia por lugar-teniente á otro hombre furioso llamado Silvano, que desplegó el mismo odio y rabia contra los fieles. Habíale anunciado San Sabas diez años antes que pereceria por el fuego. Vino Juliano á Scitópolis durante la mayor fermentacion de los ánimos, para fraguar allí alguna traicion; y como le hubiesen reconocido

(1) *Theophan. pag. 251. Novel. 70. cap. 24.*

y aprisionado, le quemaron al punto en medio de la ciudad.

11. Su hijo Arsenio, audáz, artificioso y embustero, tuvo bastante insolencia para ir á Constantinopla, donde no le faltaron medios de conseguir la benevolencia del Emperador y de la Emperatriz, pintando de tal modo la historia de la muerte de su padre, que les inspiró la mas viva indignacion contra los cristianos de Palestina (1). Esta provincia desolada tenia mas necesidad que nunca, principalmente despues de los últimos estragos, del favor y gracia del Emperador. No podia pagar los impuestos ordinarios; y Pedro, patriarca de Jerusalem, de acuerdo con los obispos de su dependencia tentaba todos los medios de obtener la esencion. Opinaron que en las circunstancias críticas de las calumnias de Arsenio y de las preocupaciones de la corte, no habia medio mas eficaz que suplicar al santo viejo Sabas emprendiese de nuevo el viage de Constantinopla, y se constituyese mediador de un pueblo fiel, cuyo crimen consistia todo en un celo tal vez demasiado ardiente.

12. No necesitaron dirigirle muchas súplicas: partió sin dilacion sin embargo de contar ya noventa y tres años. El Emperador lo supo, y su corazon se conmovió de ternura. Envió sus galeras á recibirle con el patriarca y otros dos obispos, y apenas le vió se postró á sus pies, recibió su bendicion con demostraciones de la mas profunda veneracion, y le besó despues la cabeza, sobre la que aseguraba haber visto

(1) *Vit. S. Sab. cap. 61.*

una aureola. Otorgó al Santo mucho mas de lo que pedia : el Emperador informado de la verdad por un órgano tan seguro , tornó toda su cólera contra los samaritanos , y en particular contra el pérfido Arsenio , por quien el caritativo Sabas tuvo la generosidad de interceder , consiguiendo el consuelo de convertirle con todos los de su faccion. Justiniano queria hacer grandes limosnas á los solitarios en consideracion á su santo abad , y señalarles rentas fijas y ciertas ; mas Sabas se opuso constantemente á la liberalidad del Príncipe , rogándole que no les privase así de los recursos mucho mas seguros que tenian en el Señor , que era , le dijo , su rico patrimonio , y que habia hecho llover pan del cielo sobre los desiertos. „Solo os pedimos , añadió con un tono profético , algun socorro para los fieles que han sido robados , el restablecimiento de las iglesias reducidas á cenizas por los infieles , y la fundacion de un hospital en la ciudad santa. Si con estas condiciones continuais estirpando las heregias , sabed que el Todopoderoso agregará á vuestros estados el África , la gran Roma , y lo restante del imperio de Honorio perdido por vuestros predecesores.”

13. Justiniano no le negó nada , comenzando por edificar un hospital de doscientas camas , con una renta de cuatro mil sueldos de oro , es decir , de cerca de veinte mil francos , pues valia el sueldo de oro ciento de los franceses con corta diferencia. Concluida una negociacion tan feliz , el santo abad tardó poco en marchar á Palestina , donde le recibieron en triunfo.

Cayó enfermo poco despues y espiró á los noventa y cuatro años de edad. Habia muerto su colega y amigo el santo abad Teodosio cuatro años antes.

14. Cuando se apagaban en oriente estas dos lumbreras del desierto , principiaba por el contrario á brillar en el occidente el astro mas luminoso de la vida cenobítica. Nacido Benito de una familia ilustre en las inmediaciones de Nursia de Italia , y enviado desde allí á estudiar á Roma , quedó tan consternado á vista de la corrupcion que reinaba entre los jóvenes sus iguales , que abandonó la ciudad en secreto y se retiró á una gruta ó caverna que distaba cuatro millas. Vivió allí tres años sin que nadie supiese de su persona , excepto un monge de las cercanías llamado Roman , que encontrándole en su gruta le confirmó en su resolucion , le vistió el hábito monástico , y le proveyó de pan para su alimento. Descubriéronle unos pastores despues de este espacio de tiempo , que al verle vestido de pieles y oculto en la espesura del monte , huyeron de su vista con espanto , como de un mónstruo salvage. Mas habiendo reconocido el modo de vivir de este digno siervo de Dios , su temor se convirtió en admiracion y en una confianza religiosa. Escucháronle como á un ángel venido del cielo , y movidos por sus exhortaciones abandonaron sus antiguas costumbres , y le imitaron en cuanto pudieron. Llegó en breve á hacerse célebre en toda la comarca el santo habitador de la caverna , acudiendo todos á él ; y se abrió un campo vasto y fértil al celo apostólico que respiraba.

15. Sin embargo, para que el orgullo no corrompiese sus virtudes, permitió Dios que la tentación le humillase. Hallábase un día solo cuando se presentó á su imaginación la memoria de una hermosura que había en otro tiempo visto, é hizo tan grande impresión en su alma, que le vino el pensamiento de abandonar su soledad y todos sus piadosos designios. Al punto irritado contra sí mismo del pecado que á pesar suyo reinaba en sus miembros, y viendo cerca de allí un espeso zarzal lleno de espinas y de ortigas, se desnudó sus vestidos y se arrojó en ellas revolcándose hasta correr la sangre por todo su cuerpo: este valor heroico le libró en adelante de las tentaciones de la carne.

Habia un monasterio á corta distancia de su retiro y cerca de Tiboli, cuyos monges acababan de perder su abad, y le rogaron vivamente que le reemplazase y los condujese por las sendas estrechas de la perfección. Se opuso por largo tiempo, respondiéndoles que no les agradarian su conducta y modo de vivir. Salió demasiado cierta la predicción (1); pues por una horrible perfidia, propia de unos malos monges que no osaban declararse abiertamente contra un Santo, y que eran demasiado relajados para abandonar sus perversas y arraigadas costumbres, resolvieron quitarle la vida en secreto, dándole vino envenenado. Mas al tiempo de comer como el Santo bendijese la mesa, según costumbre, se rompió el vaso con estrépito, como si le hubieran arrojado contra

(1) *Act. S. Bened. cap. 3.*

una piedra. Conoció el Santo por revelación al propio tiempo el peligro de que Dios le había libertado, y levantándose con un aire y semblante tranquilo les dijo: „Dios os lo perdona, hermanos míos; pero vuestro odio es tan voluntario como cruel. ¿No sois vosotros acaso los que me obligasteis á admitir el encargo de ser vuestro superior? ¿No os predije que mi modo de vivir no sería conforme á vuestras costumbres? Buscad en fin un maestro que os sea semejante:” y al punto los abandonó para tornar á su antigua soledad, en la que cada día adquirió mas celebridad por sus milagros y por la fama de sus virtudes. Concurrían los jóvenes á él en gran número, y las casas mas ilustres de Roma le remitieron sus hijos para que los educase. De este número fueron Mauro, hijo de Equicio, y Plácido, hijo del patricio Tertúlo, célebres ambos entre sus discípulos como observaremos mas adelante. El número por último de sus prosélitos fue tan extraordinario, que levantó doce monasterios, de los cuales se reconocen todavía los vestigios, y en cada uno puso doce monges con su particular superior.

16. El monasterio de Monte Casino en el reino de Nápoles fue el mas glorioso de sus establecimientos, la obra grande, la obra maestra de la vida regular, y la venturosa cuna del orden de San Benito. Cuando el santo abad se trasladó por la primera vez á este sitio, existía aun sobre el monte un antiguo templo de Apolo, al que todavía prestaban adoraciones los habitantes de la comarca; y al rededor habia bosques

consagrados en los que celebraban sus ceremonias supersticiosas. Al instante que puso allí el pie Benito destruyó el ídolo y el altar, aniquiló el bosque, é insinuándose en los ánimos de aquellos idólatras, les obligó á abrazar la fe. El templo mismo que habia dejado intacto le convirtió en dos oratorios, uno dedicado á San Martin y otro á San Juan, y junto á ellos fundó su monasterio.

17. Entonces tuvo para sí que era preciso poner por escrito lo que hasta allí se habia contentado con enseñar de palabra, no siendo ya bastante la voz del superior para tan gran número de discípulos que debian aumentarse incomparablemente en los tiempos venideros. Aunque parezca austera hoy dia la regla de San Benito, sin embargo no era otro su objeto que reducir la perfeccion evangélica á preceptos prácticos que se acomodasen á mucho mayor número de personas; y cuidaba principalmente de aquellos que no se sentian con bastantes fuerzas para sostener el género de vida de los primitivos solitarios. Distribuir el tiempo entre el trabajo y la oracion, es el fin de esta regla como de toda la vida monástica.

Levantábanse en el invierno á las dos para celebrar el oficio nocturno que se llama vigilia, compuesto entonces cuasi lo mismo que al presente, aunque en un órden menos invariable y algo diferente: constaba de un himno, salmos, lecciones y responsorios. Al amanecer el dia principiaban los laudes, que el Santo llama maitines, y en el intermedio de estos dos oficios se ocupaban los monges en la meditacion y en

la lectura. Los dias festivos y el domingo era mas largo el oficio, y dejaban la cama mas pronto, lo que hacian igualmente en el estío; de suerte que el oficio de la mañana ó laudes se habian de principiar siempre al amanecer, precedidos de el de la noche: y así no faltaba el tiempo necesario para las meditaciones ordinarias y la lectura. La distribucion de los salmos para cada hora es la misma que observan todavía los discípulos del Santo. Sin embargo, no estaba tan fija segun parece, ni era de obligacion tan estrecha como la de los oficios que hoy se hallan establecidos; pues el piadoso maestro dice positivamente, que si alguno no está contento con la distribucion de los salmos, puede ordenarla de otro modo, con tal que en cada semana se reze todo el salterio, que nuestros padres, añade, tenian el fervor de recitar entero cada dia.

Concluido el oficio de la mañana, esto es, á las seis en verano y mas tarde en las otras estaciones conforme al grado de la luz, se encaminaban los monges al trabajo que duraba hasta las diez; y despues consagraban aun otras dos horas á la leccion. Al medio dia habia poco menos tiempo de trabajo que por la mañana, de suerte que en todo ascendia á lo menos á siete horas. Parece no obstante, que aun desde entonces no todos los monges se empleaban general y necesariamente en trabajos penosos y rústicos, tales como la cultura de sus tierras y la recoleccion de sus frutos, sino solamente cuando les precisaba á ello la necesidad del sitio ó la pobreza. Ha podido la

diversidad de circunstancias sustituir el trabajo del estudio al de manos; y aun ha sido conveniente el verificarlo así despues que se acostumbra conferir las órdenes sagradas á mayor número de religiosos. Eran estos casi todos legos en tiempo de San Benito, y aun juzgamos que el mismo Santo no recibió algun órden eclesiástico.

El hábito de los monges era el vestido ordinario de los pobres ó de las gentes del campo, á saber, túnica y cogulla, cuya tela variaba segun las estaciones; y para el trabajo, el escapulario mas ancho y menos largo que al presente. En quanto á la tela elegian la mas comun del pais; y el santo abad no calificaba color. Componian las camas una estera de paja, una manta, un cobertor y un cogin, durmiendo los monges vestidos para estar siempre prontos al oficio.

Por respecto á su sustento, concede el Santo para cada comida dos porciones cocidas, sin comprender otra porcion de las frutas ó legumbres que se criasen en las tierras del monasterio; y una libra de pan por dia, esto es, doce onzas que componian la libra romana. Permite tambien que se les suministre medio cuartillo de vino como por indulgencia, habiendo llegado á ser difícil, como dice el santo abad, obligar á los monges á que fuesen mas párcos en esta materia. Variaba la hora de comer segun las estaciones. En el verano, es decir, desde Pascua hasta mediados de Setiembre, comian á sesta ó á medio dia, y cenaban al ponerse el sol, menos los miércoles y viernes que ayunaban, con la única escepcion de el

tiempo pascual, hasta nona, ó por mejor decir, hasta la una y media señalada por la regla para rezar el oficio de nona. Comian á esta misma hora durante todo el otoño y el invierno. En la cuaresma hacian una sola comida por la tarde ó al anochecer. Tenian siempre la cena de dia en cualquier estacion que fuese. Egercian los monges alternativamente los oficios de cocina; lo que da á entender que los manjares eran poco delicados, pues todos sabian aderezarlos. Mucho mas cuidaban de los enfermos á los que proporcionaban todos los manjares que podian serles útiles, al paso que la carne de los cuadrúpedos estaba prohibida á los monges que gozaban de salud.

Concede la regla una autoridad sin límites al abad: en los negocios que ocurran, debe consultar á los ancianos, y aun reunir toda la comunidad ó el capítulo para las cosas importantes. Mas despues de haber oido el dictámen de cada uno, la decision depende de él solo, y todos deben someterse á ella. No puede recibir presentes ninguno sin el permiso del abad, ni cartas, ni salir fuera del recinto del monasterio. He aquí los puntos capitales y los mas dignos de nota en la regla de San Benito, tan prudente y tan santa, que llegó á ser con el tiempo la regla casi universal de todos los monges de occidente. Opinan que se hizo la fundacion del Monte Casino en el pontificado de Felix III.

18. En esta época reinaba Atalarico, Rey de los godos, en Italia, quien se portó con los católicos con no menos equidad que lo habia hecho su abuelo Teo-

dorico en sus dias mas felices. Vió la pública luz una ley digna de atención por el conocimiento que nos da del estado en que estaba entonces la autoridad temporal de los Papas en Roma. Mandó Atalarico, ó por mejor decir Amalawinta, madre del jóven Rey y regenta del reino, en confirmacion de la antigua costumbre, que si alguno demandaba en justicia á un clérigo de la iglesia romana, acudiese en primer lugar al Papa, y que no pudiese valerse de un juez secular sino despues de haber probado que no se le hacia justicia por parte de la Iglesia. Así es que la autoridad ó jurisdiccion temporal de los Sumos Pontífices se concretaba únicamente á los clérigos demandados, y con apelacion al juez secular.

19. No acontecia así respecto de la potestad y régimen puramente espiritual, que se estendia á todas las partes del mundo cristiano. Celebraron el año 529 en Orange en las Galias un concilio, cuya confesion de fe remitieron al punto á Roma para obtener la confirmacion. Permanecia todavía en las provincias meridionales de la Galia algun resto del semi-pelagianismo, que habia nacido en los monasterios mas célebres por su fervor, y que por lo mismo era mas difícil de estirpar (1). „Sabemos, dicen los padres en número de trece incluyendo á San Cesario su presidente, sabemos, que algunas personas conservan por sencillez sentimientos poco conformes á la fe católica. Por esto hemos creído útil determinar ciertos capitulos necesarios de doctrina que aseguren su integridad.”

(1) Tom. 13. Concilior. pag. 1666.

Veinticinco son en número los artículos que siguen á este preámbulo, de los que los ocho primeros en forma de cánones dicen, que el pecado de Adan transmitido del padre á los descendientes, perjudica á las almas como á los cuerpos: que la oracion no precede á la gracia, sino que la gracia nos antecede para hacernos orar: que la remision de los pecados, ni el principio de la fe no provienen de nosotros sino de la gracia: en una palabra, que por las fuerzas de la naturaleza nada podemos hacer ni pensar en orden á la salvacion. „Debemos, pues, enseñar y creer, concluye el santo concilio, que por el pecado del primer hombre quedó tan debilitado el libre alvedrío, que ninguno antes del Salvador ha podido amar á Dios como conviene amarle, creer en él ó hacer el bien por sí solo, sino por la gracia del Salvador. Así que, despues de la venida del Salvador, el deseo mismo del bautismo viene puramente de la gracia y nunca de la naturaleza. Creemos del mismo modo, añade el concilio, que debiendo todos los bautizados cumplir lo necesario á la salvacion de su alma, pueden conseguirlo con el auxilio y la cooperacion de Jesucristo, si quisieran trabajar fielmente. Mas lejos de creer el que algunos sean predestinados al mal, detestamos á cualquiera que lo crea (*), y le anatematizamos.”

(*) Si acaso existen algunos, dice este concilio: y con estas palabras nos da la prueba de que estaba lejos de creer que hubiese secta alguna de predestinacionos, como ya dijimos en la nota al núm. 44. del lib. 14. tom. 6. pag. 16. y sig.

20. Sobre el propio objeto hubo por el mismo tiempo otro concilio en Valencia del Delfinado, en el que se confirmó igualmente la doctrina católica. El de Vaison, celebrado en 3 de Noviembre de 529, fue solo una reunion de caridad y amistad. Formáronse sin embargo en ella algunos cánones dignos de atención. Encargóse á los presbíteros para utilidad del pueblo el cuidado de predicar en las parroquias de los lugares y tambien en las de las ciudades. Si alguna enfermedad no permite al presbítero el predicar, leerá el diácono una homilía de los padres. A egemplo de la santa Sede, del oriente y de la Italia se entonará *Kirie eleyson* en nuestras iglesias. En todas las misas y aun en las de cuaresma y de difuntos se dirá tres veces *Sanctus*, del mismo modo que en las misas solemnes. Recítese tambien en nuestras iglesias el nombre del Papa; y al *Gloria Patri*, añádase, *sicut erat in principio*, como se practica en África y en Italia, á causa de los arrianos. Habian prescrito ya antes en el concilio de Carpentras celebrado hace dos años, que los dones hechos á las iglesias del campo pertenecieran íntegramente á sus clérigos ó para repararlas, si la iglesia catedral fuese bastante rica. Si el obispo no tiene bastante renta para los gastos que está obligado á hacer, despues de haber dejado á las parroquias lo suficiente, así para su clero como para sus reparos de obras, podrá disponer de lo restante.

Bajo el dominio de los visigodos arrianos la iglesia de España aparecia tanto mas cuidadosa y vigilante en conservar el dogma y la disciplina, quanto la amal-

gama de unas naciones corrompidas suministraba materia mas abundante á su celo (*). No contento el concilio de Lérida con imponer nuevas penas á los envenenadores y á los incestuosos, procuró que los

(*) El celo y vigilancia que alaba Berault hablando en general de la iglesia de España, resplandecia muy particularmente en muchos santos obispos que florecieron por este tiempo. San Isidoro en su tratado *de viris illustribus* cap. 33 y 34, hace mención de cuatro hermanos que resplandecieron en santidad y doctrina; y aunque no dice cuál fue su patria, no obstante son tenidos por naturales de esta ciudad de Valencia del Cid, segun lo afirma el docto Padre Juan de Marieta lib. 5, cap. 111 y sig. Sus nombres son: Justo, Justiniano, Nebridio y Elpidio.

San Justo fue obispo de Urgel, y como tal suscribió en los concilios de Gerona, segundo de Toledo, y en el de Lérida. Escribió un comentario en sentido alegórico sobre el Cántico de los cánticos, que aunque muy breve, es sumamente apreciable, y está escrito con la mayor claridad y agudeza en penetrar y descubrir los misterios que el Espíritu Santo nos quiso enseñar en aquel libro divino. Remitió el santo obispo su comentario con una hermosa carta á Syrga, á quien apellida Papa, segun la antigua costumbre de llamar Papas á los obispos. No consta de cierto quién fuese este Syrga, pero se cree que fuese Sergio entonces metropolitano de Tarragona. Se conserva aun la obra y carta de San Justo, y andan impresas en el tom. 1. de la *Bibliotheca Sanctorum Patrum*. Murió este santo despues de un largo obispado en el año 540, y la iglesia de Urgel celebra su memoria á 28 de Mayo.

A San Justiniano le cuenta San Isidoro por obispo de Valencia, y dice que escribió un libro de diversas respuestas á cinco cuestiones sobre las que le habia consultado un cierto Rústico á quien dirigió su obra. La primera de aquellas cuestiones trata sobre el Espíritu Santo: la segunda es una confutacion de los hereges llamados bonosianos ó fotinianos: la tercera es sobre el bautismo: la cuarta sobre si este sacramento se puede reiterar: y la